

por haber escogido una hora tan temprana, á lo que contestaron: ¡bueno, bueno, partamos! los otros ya están en camino. Advirtiéronme que llevaba prendas blancas en mi traje, y me vestí de negro. En el boulevard tomamos un coche: no teníamos balas y entramos en casa de Devismes para comprarlas: entregáronnos cuatro, preguntando si habia bastantes.— ¡Oh! sí, contestó d'Ecquevillez, ya lo creo: hay mas de las necesarias. Llegamos al sitio del duelo cerca de las once y media. Adelantóse á recibirnos M. de Boignes, á quien yo no conocia, de un modo poco formal, con las manos en los bolsillos, saludándonos con estas palabras (despues de vacilar un poco). Os habeis hecho esperar bien... ¡no hace calor, voto al diablo!

Antes de cargar las pistolas, dió un paso contraliorio M. de Boignes conmigo. Diré los términos en que lo hizo para que pueda apreciarse el valor de esta tentativa: «señor de Beauvallon, yo me he desafiado muchas veces y M. Bertrand tambien.» Palabras que dicho sea de paso, eran poco prudentes, puesto que M. Dujarier y yo nos desafiábamos por primera vez. En fin, M. Boignes, continuó así: y creemos que no hay en el presente caso motivo para un duelo. Todo esto lo dijo con cierto tono particular.

Yo contesté friamente, pero con política... porque M. de Boignes me hará la justicia de conceder que yo me comporté en todo con suma moderacion y política.—Caballero, vos creéis que no hay motivo para un desafío; yo encuentro que lo hay, puesto que he venido á este sitio con dos testigos. Si no proponeis otra cosa, la situacion es la misma que ayer cuando decidisteis que vendríamos aquí. Por lo demás soy de opinion que un lance no debe arreglarse en el sitio del combate. Despues de la desgracia acaecida, siento haber espresado este pensamiento; pero veo que participan de mi opinion otras muchas personas. Para mí, en el sitio del duelo debe efectuarse inevitablemente un acto desgraciado pero que se ha creído necesario.

*El presidente:* Eso seria un falso puntillo de honor. Pero del sumario resulta que M. de Boignes os dijo con emocion:—«Se os tiene por hombre de corazon; y pues no hay necesidad de este desafío, por favor, renunciad á él! Dujarier está ahí; ignora el paso que doy; pero, ¡por favor, renunciad á ese duelo que os dejará tal vez pesares eternos!» Y que vos respondisteis: mi resolucion es inalterable; lo que he resuelto tendrá cumplimiento.

R. No me he servido de esas espresiones: me hallaba en manos de mis testigos: no era mas que una máquina.

*El presidente:* Uno de ellos, M. de Flers, juzgó que el desafío se fundaba en un motivo bien frívolo. Tenia tan poca influencia con vos, que parecia temer una provocacion de parte vuestra si no hubiera querido asistirlos. ¿Cómo se explica que las pistolas que llevásteis vos, á casa de d'Ecquevillez se hayan presentado por él como siendo de su pertenencia, y que hasta haya dado singulares pormenores, puesto que ha dicho que le habian costado 700 francos y que ha fijado la fecha en que las compró?

R. Ignoro esos pormenores.

P. ¿Por qué no haber dicho la verdad?

R. Comprendo que haya ocultado d'Ecquevillez el nombre del propietario de esas pistolas, por temor de que se le molestara con investigaciones, pero no comprendo que haya llegado hasta dar los pormenores que indicais.

P. Pero sucediendo todo esto entre él y vos, ¿qué podia temer?

R. Lo que sucede hoy.

P. ¿No debia temer mas bien que no permitieran los testigos de Dujarier emplear estas pistolas? Vuestro cuñado, su criado evitaron siempre designar su verdadero propietario y para saber la verdad, fue necesario que reconociese M. Devismes esas armas por haberlas vendido á M. Granier de Cassagnac.

R. Yo estaba desterrado: M. d'Ecquevillez ausente; no podíamos dar pormenores.

P. ¿Qué sucedió en el momento de cargar las pistolas?

R. Se las soflamó, es decir, que se descargó un tiro con pólvora. Despues se nos colocó en nuestro sitio, enterándonos de las condiciones del combate.

P. Pero si se soflamaron en el sitio del duelo, no tiene valor alguno la observacion del dedo ennegrecido de M. Bertrand.

R. Es cierto. Solo despues oi hablar de esto. Afirmino que las pistolas se soflamaron en el sitio del duelo. Un testigo dijo con este motivo: no hagais tanto ruido: ¡vais á llamar la atencion! Se dió á M. Dujarier la eleccion de las pistolas, á mí la eleccion del sitio en que habíamos de colocarnos; yo elegí el mas desfavorable, el que se hallaba rodeado de árboles. Se dieron las tres palmadas; yo bajé mi pistola, y anduve presentando el pecho de frente, *resuelto á no disparar sino despues que mi adversario.*

P. ¿Cómo? ¿qué decís? ¿No queríais disparar á Dujarier, si él no disparaba antes?

R. Era voluntario el disparo: yo quise esperar antes su disparo. M. Dujarier dió apenas un paso, levantó su pistola y disparó. Yo le disparé *despues del tiempo estrictamente necesario para dirigir el tiro* y hacer fuego. Aun resonaba el tiro de Dujarier cuando me gritó M. de Boignes. ¡Pronto! ¡disparad! Indudablemente trataba de turbarme, por humanidad, se entiende: pero entre el disparo de M. Dujarier y el mio, no ha habido mas que el tiempo estrictamente necesario para los tres movimientos que he indicado.

*Presidente:* Los testigos dicen que pasó largo tiempo entre vuestro disparo y el de Dujarier, y que el grito de Boignes no fue inmediatamente de disparar Dujarier.

R. Es un error.

P. Si hubiérais tenido intenciones generosas, hubiérais disparado al aire; pero vuestra intencion de matar era tan evidente, que os tomásteis el tiempo necesario para apuntar.

*El presidente* pasa á un hecho de moralidad que arroja el sumario.—En cierta época os recibió en su